

La huerta del fraile

HACE tiempo que no oigo este nombre. ¿Han desaparecido el nombre y la huerta? Tal vez han desaparecido todas las huertas de los frailes,

Yo recuerdo mucho la de los Trinitarios de Alcázar. Una de las portadas a que solíamos asomarnos los chicos al salir de la escuela era la de la huerta de los frailes, situada en el callejón. El callejón de los frailes, que es el nombre propio e insustituible de la calle Torres.

Tengo, además, otros motivos de recuerdo en la escuela misma de D. Cesáreo, que es la única a que fuí. Los frailes iban allí con frecuencia. Como vascos, eran aficionados a la pelota y el maestro aprovechaba la tarde de los sábados que nos soltaba una hora antes—a las cuatro—para irse a jugar al convento, de donde volvía con la mano hinchada. Ya mayorcillo, iba con él algunas tardes hasta la puerta, donde me despedía. Era un poco antes de que mi padre tomara la decisión, que cada día considero más acertada, de ponerme a trabajar, cuando se debatía entre sus escasos recursos y el deseo de que estudiara y D. Cesáreo me proporcionaba libros de los que desechaban los de segunda enseñanza, alguno de los cuales, como el método de francés, conservo cuidadosamente unido al recuerdo de su primer dueño, que lo fué Rafael Bonardell.

Pasé por ese momento de quiero y no puedo, en el que todos los grandullones me miraban por encima del hombro y el desplazamiento a un oficio me alejó por el momento de toda posibilidad de estudio, poniéndome mi madre a dar lección de guitarra.

Cruzar por la portada de los frailes y no asomarse a la huerta era imposible para los chicos y muchas veces estuve viendo cavar a los religiosos en los tiempos de fray Andrés.

Pasaron 30 años, y en plena lucha con los propios sentimientos, busqué yo cauce a las energías sobrantes en los astiles del pico y de la azada que empecé a usar desafortadamente por las madrugadas, haciéndome mi propio huerto.

Recordaba siempre a los frailes, cavando en la huerta.

De chico no comprendía su importancia; después no me explicaba su desaparición y pienso que su falta habrá tenido alguna influencia en la vida monacal. Será un imperativo de los tiempos, pero cuando se trata de domarse a sí mismo y andar derecho, hay que estar hechos a empuñar bien la esteva.

En todo huerto individual, lo de menos son los pimientos o tomates que puedan criarse, que nunca estorban, lo demás es el provecho del hombre, el sosiego de su alma y el santo gozo con que ve germinar la buena semilla en la tierra removida con sus brazos, cuando gastada su fuerza en el empeño noble, solo le place la contemplación del sembrado y la esperanza de la cosecha que le ilusiona.

Se han repetido tanto estas figuras literarias a partir de la parábola del sembrador, que casi nadie cree que al hablar de bajar al huerto y cavar se trata, efectivamente, del acto de cultivar la tierra, lo cual es un grandísimo error, pues hay muchos momentos y muchos estados en la vida del hombre, sobre todo del hombre vigoroso, que no tienen mejor tratamiento médico ni más satisfactorio resultado que unas horas de cava diaria en el instante adecuado, lo cual no impide cumplir otros deberes, ni rebaja un milímetro la jerarquía.

No es una mera añoranza de viejo el echar de menos la huerta del fraile. Una mata de tomate se cria sola en cualquier parte, pero un hombre no se mantiene firme sin un buen apoyo externo, sin una fuerza interior que lo sostenga y sin una válvula de seguridad que equilibre las fuerzas.

La educación, la formación, le hará ir por el buen camino; la coacción social le ayudará a sostenerse, pero es seguro que sin satisfacción ni válvula de seguridad se torcerá muchas veces. El fraile aquel de la huerta a que dió nombre, encontraría siempre en ella un buen cauce para sus energías y un apacible sosiego para su alma, según mi experiencia; por eso es de sentir su desaparición.

